

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A GALDÓS

EL ACTO. LA CONCURRENCIA. LOS DISCURSOS. MANIFESTACIÓN DE CARÍÑO

EL ACTO

A las tres de la tarde de ayer tuvo lugar en el Retiro la inauguración oficial del monumento al insigne patriarca de las letras españolas D. Benito Pérez Galdós.

El monumento, bella obra del joven escultor Victorio Macho, se eleva en la Rosaleda, en la plazoleta inmediata al monumento a Campoamor.

Desde mucho tiempo antes de la hora anunciada para la inauguración las proximidades del monumento se hallaban ocupadas por numerosísimas personas, entre las que había muchas señoras.

En la parte destinada a los invitados se hallaban desde los primeros momentos el gobernador civil, Sr. Romeo; el Ayuntamiento en pleno y bajo mazas con el alcalde, Sr. Garrido Juaristi, y gran número de escritores, artistas, pintores, músicos y periodistas.

Vimos también a los Sres. Tolosa Latour, Thuiller, Santamaría (Marceliano), Pinazo, Francos Rodríguez, Paso, Decref, San José, Ródenas, Arbós, Francés y Répide. Una representación del Colegio de Ciegos ponía en el acto una nota simpática de afecto al maestro.

Por feliz iniciativa de la comisión organizadora, compuesta por Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Emiliano Ramírez Angel, Andrés González Blanco, Enrique de Mesa y Ramón Pérez de Ayala, Victorio Macho, fué al domicilio de Pérez Galdós para acompañarle hasta el Retiro, con objeto de que asistiera a la inauguración.

Al llegar a la Rosaleda el ilustre dramaturgo el público le tributó cariñosísima ovación.

En un sillón, junto al monumento, sentóse el novelista ilustre.

Acto seguido el alcalde y Serafín Álvarez Quintero descubrieron, en medio de una gran ovación, el monumento, que estaba cubierto por la bandera española.

La banda municipal, dirigida por el maestro Villa; interpretó durante el acto el siguiente programa:

Marcha solemne, Villa; Zaragoza (final), Lapuerta; Gerona (pasodoble), Lope, y Cádiz (segundo acto), Chueca.

LOS DISCURSOS

Descubriendo el monumento, Serafín Álvarez Quintero, en nombre de la comisión, leyó las siguientes bellas cuartillas:

“Señores:

Ha llegado para nosotros, devotos y amigos del excelso patriarca de nuestras letras D. Benito Pérez Galdós, que emprendimos un día la empresa de darle realidad a esta estatua, el supremo instante, grato como ninguno, de hacer su entrega al excelentísimo Ayuntamiento de Madrid y su ofrecimiento al pueblo entero. Tan cerca están uno del otro el instante de la iniciación de nuestro propósito, y este instante, que no parece sino que sean uno mismo, y casi podemos asegurar, desde luego, que en nuestros espíritus lo son. Tanto es así, que a ratos dudamos si es que nosotros hemos traído a este sitio del Parque madrileño la estatua, o si la estatua estaba ya en él, aguardando a todos, y sólo reserva a nuestro cariño y veneración el honoroso deber de mostrarla.

¿Y por qué no ha de ser de esta suerte? ¿Es que la inmensidad de criaturas, hermanas nuestras en sangre y en alma, nacidas al soplo gigante de la de Galdós, no había labrado ya su estatua mil veces en el corazón de los españoles? Pues héla aquí; esta es: esculpida en piedra catalana por un escultor de Castilla; sencilla y austera; tranquila, reposada, noble; representativa en su serenidad y en la solemne actitud de sus cruzadas manos, del alto espíritu que supo crear una ingente obra, plena de viva realidad, y cuyas páginas exhalan, como un vaho de lágrimas que sube al aire camino de los cielos, el amor a los menesterosos y a los humildes. Es nuestro Galdós, Robustos pinos seculares sirven de inmediato dosel a su trono, ante el vasto fondo de árboles diversos con que lo ampara la naturaleza, como si de cerca o de lejos, con un esfuerzo de sus ramas, quisieran todos ellos que sus hojas prestasen sombra a la venerable frente del artista. Un eucalipto vigilante le habla de perenne salud... Un tierno almendro le ofrecerá todas las primaveras las primeras flores del año, emblema sin duda del cordial homenaje que la juventud de todos los tiempos ha de rendirle.

Es cierto: la juventud ama y amará siempre a Pérez Galdós; pero no menos que ella debé amarlo también la niñez, ya que con tan paternal predilección la ha tratado siempre su infantil y cristiano espíritu. Hay unos libros del maestro que deberían serles familiares a todos los niños españoles, porque, conteniendo la historia y la vida de un niño, son a la par lección de vida y lección de historia. Gabrielillo Araceli, el niño héroe que comienza la suya en Trafalgar y la acaba en los Arapiles, a través de las luminosas páginas de ella, va sintiendo germinar en su alma las ideas y los impulsos fecundos y sanos que le conducen al amor y a la gloria. En las aguas de Trafalgar, antes de oír el estampido del primer cañonazo, ya ve clara y distinta, como luz que en adelante le ha de guiar en su camino, la idea de la Patria; y en los patios de El Escorial se le entra a poco por el pecho la llama del honor; y se bate más tarde en Madrid, luego en Bailén, después en Zaragoza, enamorado de una mujer y de una bandera; y termina su vida novelesca con estas palabras, que son un himno alentador: “Si sois jóvenes, si os halláis portergados por la fortuna, si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas, y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo.”

No es ésta ocasión de hablar punto por punto de la obra magna del maestro, que no se oscurece ante la de un Dickens o la de un Balzac. Todos la conocéis: presente está en el juicio de todos. Ha escrito maravillosamente, con gracia infinita e inagotable fuerza pintoresca la historia viva de este Madrid de sus amores durante medio siglo; ha novelado con genial intuición la historia de España en un siglo entero; ha estudiado con agudo análisis y piadoso designio hondos problemas de la conciencia; ha hecho pasar por la escena contemporá-

nea tan grandes y tan bellas figuras de hombres y de mujeres, que pueden lucir y deslumbrar aun en la Patria del Buriador y Pedro Crespo, de la Estrella de Sevilla y la Niña de Plata.

Acepte en buen hora el excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, digna representación de este pueblo hidalgo, que ama a sus glorias como el que más, la imagen en piedra del Galdós de estos días; y tengan todos los madrileños siempre para ella el mismo fervoroso culto, el mismo entusiasmo sagrado, el mismo generoso cariño con que un escultor joven, de bravo aliento y medulla española, trabajó en sus manos, que ya descansan, y en su frente incansable.

Y usted, maestro insigne, que por dichos nos oye en esta hora de consagración, para nosotros inolvidable, pues en ella juntamos al suyo nuestros nombres, quédese con nuestra última palabra, condensación elocuente del anhelo de todos: ¡Salud!”

El alcalde contestó con las siguientes palabras:

“Como alcalde de Madrid, recibo, en nombre del pueblo, la reliquia sagrada de esta obra de arte, que habrá de ser admirada por las generaciones presentes y venideras.

No he de hablar del maestro Galdós como patriarca de las letras, sino como madrileño y madrileñista. Nadie como él describió esa calle de Toledo, y nadie como él ha amado tanto al pueblo de Madrid.

En nombre de éste, beso la mano al maestro insigne, y repito, con Serafín Álvarez Quintero: ¡Salud!”

MANIFESTACIÓN DE CARÍÑO

Después de firmada el acta de la entrega del monumento, una comisión de ciegos entregó a Galdós un ramo de flores.

El ilustre dramaturgo ocupó un *landeau* con los Sres. Menéndez, secretario del Ayuntamiento y Serrán, teniente de alcalde del distrito del Congreso.

Daba escolta al coche la Guardia municipal, montada de gala.

El coche fué acompañado desde el Retiro hasta la morada del ilustre maestro por compacta muchedumbre, que no cesó, en todo el trayecto, de dar vivas a Galdós.

Al salir el coche del Retiro cruzóse con otro, que ocupaba el general Borbón y Castellví.

Descubrióse el general ante el insigne dramaturgo, estallando con este motivo cariñosísima ovación.

LA FAMILIA REAL CACERÍA EN ARANJUEZ

El Rey pasó el día de ayer en Aranjuez con los infantes D. Carlos y D. Alfonso, los príncipes D. Jenaro y D. Raniero, los condes de Romanones, Villares y Maceda, los duques del Infantado, Santo Mauro y Valencia, el marqués de Viana y el Sr. Camino.

A poco de llegar el Monarca a los jardines, el guarda del Real Patrimonio Carlos Esteban fué despedido del caballo que montaba, causándose lesiones en la cabeza. El Rey, que presenció el accidente, se interesó mucho por el herido, y fué a visitarle antes de emprender el regreso a Madrid.

Los expedicionarios cobraron en los varios ojeos que dieron unos 900 faisanes.

El Rey fué aclamado por el vecindario de Aranjuez.

VISITA A UN ASILO

Su Majestad la Reina doña María Cristina estuvo visitando en la mañana de ayer el Asilo de Santa Cristina.

Acompañaban a S. M. la condesa de Fontanar y el marqués de Castel-Rodrigo.

AUDIENCIA

Hoy será recibida por S. M. la Reina doña Victoria madame Alapétite, esposa del embajador de Francia.